

Los Prisioneros : libertad de la juventud

Paulo Hidalgo

Distantes estamos de la década de los 60, que trae recuerdos de una generación muy particular, protagonista de una época de notable prosperidad mundial y de cambios estéticos, políticos y sociales de relevancia. Quizá se puede resumir emblemáticamente aquel mundo con símbolos tales como *Los Beatles*, el movimiento pacifista en contra de la guerra de Vietnam y el "hippismo", cuyo climax fue el ya histórico festival de música rock en Woodstock, EE.UU. En Chile, a esta ola de rebeldía se agregó - como en el resto de América Latina - el enorme impacto de la revolución cubana y la figura símbolo del *Che Guevara*, que ofrenda su vida en la búsqueda de una revolución continental, inspirado en la teoría del foco, es decir, la organización de pequeños destacamentos militares que serían como los percutores de una rebeldía de masas generalizada.

La juventud "iracunda" de esa época vivía intensamente la política, casi en forma unívoca. Todo llamaba a cambiar radicalmente "las estructuras" y la revolución social parecía una posibilidad inmediata. ¿Quién no tuvo en esos años cargados de ilusión y romanticismo un poster del *Che* en la pieza o, con suerte, escuchó la Segunda Declaración de la Habana y, acaso, hasta se mimetizó con boina y demás atuendos típicos? Ahora podríamos decir que existió una visión muy apocalíptica e ideologizada de la realidad... pero no importa, el análisis ex post siempre opaca unos años que en verdad fueron de grandes sueños y utopías, fantasías compartidas y vividas visceralmente por toda una generación politizada.

¿Y qué le ha ocurrido a la juventud desde entonces? Menuda pregunta. Lo primero que se debe destacar es el verdadero "corte" generacional que implicó la instalación de un régimen dictatorial en 1973. Rotos los patrones e instituciones clásicas de la democracia, que permitían una fluida renovación generacional (el parlamento, las elecciones nacionales, el sistema de partidos, etcétera), la primacía de un ambiente de represión generalizado en un mundo que ya había perdido definitivamente aquel optimismo energizante anterior, encuentra a una juventud hoy en día que parece estar en "varias cosas".

Manifiesto generacional

Una de ellas es, sin duda, el ser partícipes de un creciente movimiento musical en torno al grupo nacional, oriundo de San Miguel, *Los Prisioneros*. Desde ámbitos exclusivamente universitarios y *café-concerts* reducidos, este grupo musical está logrando lo que quería: ser masivos, escuchados por todos, mover muchedumbres, electrizar a miles de jóvenes de todos los estratos sociales a lo largo del país. Aunque se resisten al análisis y se muestran anti-intelectuales, sus canciones expresan, hasta para el menos avisado, una cantidad de mensajes claramente distinguibles en el Chile de hoy. No se requiere mucha exégesis ni capacidad sesuda de hermenéutica para captar el sentido de lo que dicen algunas de sus canciones, que ya se han convertido en símbolos de la identidad juvenil. *El baile de los que sobran* es un alegato por la frustración de una educación formal que termina en el desempleo ("A otros le dieron de verdad esa cosa llamada educación, ellos pedían esfuerzo, ellos pedían educación, ¿y para qué? - para terminar bailando y pateando piedras...").

La voz de los ochenta es como el manifiesto generacional que señala tajantemente la "diferencia" con el pasado. ("Los hippies y los punks tuvieron la ocasión de romper el estancamiento. En las garras de la comercialización murió toda

la buena intención. Sangre latina necesita el planeta, ¡adiós barreras! ¡adiós setentas! Ya viene la fuerza, la voz de los ochenta") Por último, entre otras están *¿Por qué no se van?* que arremete en contra de una cierta cultura de elite-extranjerizante que no es sensible a la autenticidad de este país ("Si viajas todos los años a Italia, si la cultura es tan rica en Alemania ¿por qué el próximo año no te quedas allá? Si sueñas con Nueva York y con Europa, te quejas de nuestra gente y de su ropa ¿por qué no te vas?...")

Ventilar las opciones

Estas canciones coreadas a todo pulmón por una juventud tumultuosa, no se restringen sólo a una repetición monocorde. Cada concierto se transforma en una algarabía catártica en donde la gente joven "aúlla" un sentimiento claramente libertario "en contra" de las autoridades establecidas. Es también una de las tantas formas de protesta frente a la frustración sistemática de una opción generacional que no ha podido despegar y que ha sido a menudo declarada como "sospechosa" por el solo hecho de vestirse de cierta manera, usar barba o pensar diferente. Se trata de jóvenes que, en su mayoría, no participan en partidos políticos; pero tampoco pudiéramos decir que son apolíticos, por lo ya apuntado. Allí se reúnen el universitario, el poblador, el "cabro" que salió del liceo y está sin "pega", en un verdadero ritual de solidaridad colectiva.

Es indudable que este fenómeno socio-musical ha, en cierto modo, alterado la vida de los jóvenes del país. En el largo plazo, quizás sea una muestra de una saludable diversificación de la juventud, tal que la política partidaria no sea el único receptáculo de las ansias y rebeldías naturales de las nuevas generaciones.

Ahora es posible pensar que la política es "combinable" con otros afanes y actividades, o también que un movimiento rock es legítimo por sí mismo, porque ayuda a ventilar y a democratizar las opciones juveniles. ☒